

Los Animales

Juan Hongo

PRESAGIO

Hace un tiempo, en San Justo (y en el resto del país), un grupo de personas disfrazadas de animales empezó a ordenar nuestra vida. Nadie recuerda bien qué hecho concreto nos trajo a este presente; solo se comenta que la idea se fue deslizándose de a poco como una buena solución. ¿Solución a qué? Es una buena pregunta, tal vez sin respuesta en este relato.

Haroldo vive acá, en San Justo. Tiene 16 años y vive su vida como un bohemio. Tiene que ir a la escuela todos los días, pero no puede: un instinto, una pulsión y una pesadez lo atormentan de 7 a 9.30 hs., hora del primer recreo, donde se escapa. Evita a los animales; desgastado camina por la ciudad en soledad o con Ernesto, un amigo; escribe algunas cosas y, en el *loop* constante de la caminata, entra en un espacio onírico donde descansa su mente y recupera lo que no duerme por la noche.

Los animales ordenaron nuestra vida decretando dos momentos del día: el momento de productividad, de 6 a 20 hs, donde toda la población aprovecha para trabajar o estudiar; y el resto es tiempo muerto, las horas donde todas las calles tienen que permanecer vacías y en silencio. Ellos patrullan en todo momento: de día lo hacen los simios y los perros; de noche patrullan los búhos, los gatos y los peores de todos, los lobos.

Todas las noches, a las 22 hs, Haroldo acecha por el ventanal enorme de una casa de guita. Hace una pequeña seña desde la oscuridad y espera a que Hilda lo vea. Hilda, en medias y en absoluto silencio, repta por el ventanal mientras Haroldo, prendiendo un cigarro, la mira fijamente; siempre la mira igual.

Comparten un abrazo de camaradería y caminan hasta un kiosco a comprar lo mismo de siempre: unas latas y unos cigarrillos. Y esperan en la esquina la llegada de Ernesto.

-Hoy Ernesto no quiso acompañarme -deslizó Haroldo-, y justo vi un simio. ¡Son terribles! Siempre parecen drogados... pero como drogados mal, no sé explicarlo.

-No puedo escaparme todos los días de la escuela -retruca Ernesto.

-Poder, podés -retruca Haroldo-. Como te decía -continuó-, un viejo se quejaba de un árbol o algo así, y el mono estuvo fácil 30 minutos de reloj escuchándolo repetir siempre lo mismo y girando alrededor del árbol, viéndolo. ¡Nunca dijo nada!

Hilda y Ernesto reían.

-Son así siempre, no sé por qué -la siguió Hilda-. Pienso que el disfraz de los monos tiene algún tipo de droga adentro o algo así.

Ernesto respondió rápido:

-O contratan gente estúpida y los diferencian con el disfraz.

-¿Será fácil anotarme para ser simio? Podría fumarme un porro y ser mono todo el día

-reía Haroldo.

Ernesto sacó un porro y lo prendió.

-Hablando de...

Haroldo lo recibe, lo mira un poco y se le siguen ocurriendo comentarios que mantienen viva la noche.

-No sé si fumar -le da una pitada y sigue, mientras retiene el humo-. Siempre me hace pensar mucho, y me canso de ser tan poco estúpido.

Entre risas, la última charla de los amigos siguió hasta altas horas de la madrugada.

DÍA

Los comentarios nocturnos siempre son excesivos, con algo de mentiras ocultando verdades, con el fin de alimentar una especie de fuego ficticio que se crea cuando los adolescentes se ven las caras entre ellos. Un fuego que se alimenta con risas, ironía y rispideces.

Pero Haroldo había dicho una verdad: una resaca de porro, digna de los 16 años, le tenía la mente ocupada mientras caminaba en la neblina de la mañana para llegar al colegio. Su mente disparaba imágenes y sentimientos enfrentados: la sonrisa de Hilda,

el brote de un álamo creciendo entre pastos, el terror del posible futuro, un lobo. Su mente disociada de la realidad lo lleva a casi chocar con un disfrazado de perro. Haroldo casi ni lo mira, le pide disculpas e intenta seguir, pero el perro se le acerca, lo huele de una manera exagerada y, con una voz gruesa que retumba desde su máscara, le dice que siga con cuidado. El miedo despierta un poco más a Haroldo, que apura el paso hasta el colegio.

Entra al aula -siempre llega un poco más temprano que todos- y se pone a escribir.

“Los perros huelen” -tiene sentido-, se le escapa el comentario de la boca.

Mientras sigue escribiendo piensa: ¿Los contratarán por su capacidad para oler y manejar pistolas es un extra? ¿O los contratarán por su capacidad para manejar armas y justo este olía porque la máscara funciona como un ser vivo parasitario, que despliega unos conectores neuronales y vuelve a las personas que la usan una especie de zombi con rasgos del animal que representan?

-Es una buena teoría -también se le escapa de la boca.

Imagina el momento en que la comparta con Hilda y Ernesto en la noche. También recuerda que Ernesto alguna vez le dijo que tenía un tío o algún tipo de pariente que es un animal, y ya tenía asegurada al menos una hora de charla nocturna.

Entran todos al aula y Haroldo no espera para chistar a Ernesto -a quien se lo veía un poco más enojado que de costumbre- y preguntarle si tenía un cigarro. Ernesto le dice que no joda cortando la conversación. Haroldo se siente un poco extrañado, pero piensa que la misma resaca de porro lo debe tener mal.

Salen al recreo. Haroldo corre al baño y se queda en la puerta, mirando de costado a ver si pasa Ernesto. Ve que pasa, le chista y le pide un cigarro. Ernesto entra al baño un poco desganado, se prende un pucho, le da uno a Haroldo y se queda en silencio. Otros dos compañeros le manguenan. Ernesto reparte cigarros con tranquilidad y se queda en silencio apoyado contra la pared fumando.

-¿Salimos ahora, en un rato? -pregunta Haroldo.

Ernesto no responde por unos segundos, hasta que hace una mueca de “da igual” y tira la colilla para salir del baño y de la escuela.

Tienen siempre el mismo camino para esquivar a los animales: no es muy complicado, solo evitan las calles con más negocios. Pasan por un barrio, el cual dicen que es de militares pero nunca se ve nadie ahí. En un par de cuadras llegarían a la zona de fábricas; nunca los molestan ahí y tienen su kiosco de confianza. Doblan una esquina y se cruzan de frente con un perro. Haroldo, en un segundo, piensa si será el mismo que hoy lo olió y se pone un poco nervioso. Ernesto intenta saludarlo cordialmente y seguir caminando, pero el perro le pone una mano adelante.

-¿Qué están haciendo? -pregunta.

Ernesto desenvaina rápido una respuesta convincente:

-Estamos volviendo a nuestra casa. Recién salimos del colegio, tuvimos una jornada reducida hoy.

El perro se le acerca a Haroldo, que estaba un poco paralizado por los nervios, y lo huele. Ernesto intenta seguir caminando tranquilo y el perro lo agarra del brazo.

-Me parece que van a tener que acompañarme.

Y el frío empieza a descender desde el cielo hasta la espalda de Haroldo.

Todos saben qué significan esas palabras. Nadie conoce a alguien que haya sido detenido, pero todos saben lo que pasa con los detenidos. Nadie nunca estuvo detenido, pero todos saben cómo es estarlo: es una especie de razonamiento extraño, un sentimiento, un garabato negro en una hoja blanca cuando pensás en la detención. Es un estado más allá de lo corpóreo, porque saben que existe y cómo es, pero nadie lo puede llevar a palabras.

Haroldo, por un segundo, recordó una noche donde le explicaba esto a sus amigos: la detención te borra de la memoria, porque nunca nadie sabe si fue detenido o si alguien de su entorno lo fue. Tal vez tu hermano fue detenido, pero hoy está ahí con vos y vos

no sabés si en algún momento se fue y volvió, y él tampoco lo sabe. Tal vez tu hermano fue detenido, pero hoy no está ahí con vos y vos no sabés si tenés o tuviste un hermano.

De esta manera, nadie sabe si ser detenido es malo o bueno (no lo creo; de lo contrario no sería una reprimenda). Más bien se siente como intrascendente. Pero hay algo más, algo en lo profundo de la mente colmena de este pueblo que, en algunas cuestiones, se pone de acuerdo, y ese acuerdo es que nos atemoriza, tal vez solo por la idea de que es un castigo impuesto cuando hacés algo mal.

Ernesto se suelta e intenta salir corriendo, pero otro perro aparece desde la esquina y solo con mirarlo doblega todas sus intenciones. Lo último que Haroldo llega a ver, antes de intentar correr, es a Ernesto arrodillado con las manos en la nuca, como si fuese un criminal.

Haroldo hace toda una cuadra corriendo, sintiendo el viento de los zarpazos del perro en su nuca, hasta que es vencido por la presión. Cae al piso dando toda una vuelta y el perro cae encima de él. Le lleva las manos hacia atrás como para levantarlo y esposarlo, pero se mantiene en el suelo, encima de él, y comienza a olerle la espalda y la nuca; le respira con mucha fuerza, como si estuviera consumiendo algo de su miedo o su pánico. El terror invadió a Haroldo y le pegó un cabezazo con la nuca al hocico del perro, escuchó su quejido y pudo largarse a correr con el ímpetu de una presa no cazada.

Tal vez había pasado cerca de una hora cuando Haroldo pudo desprenderse del estado de trance en el que se encontraba. Al fin pudo dejar de correr. No estaba seguro de dónde estaba, el cuerpo empezó a dolerle como si fuese constantemente pellizcado por personas horribles.

Se encontraba cerca de unas vías de tren. Después de mirar un rato pudo sentirse más tranquilo y saber más o menos dónde estaba. Aprovechó unas pequeñas paredes, que

suelen estar en estas vías, para usarlas como resguardo y que nadie lo vea tirarse y descansar en el pasto.

Sentía cómo su mente se adormecía: por el cansancio, por los pellizcos. También sentía cómo se desvanecía la imagen de Ernesto en su mente y eso lo hizo despertarse de un sobresalto. Se dispuso a caminar, con precaución, hacia la casa de Hilda, contarle lo que pasó; tal vez solo para sentir un poco de apoyo emocional, tal vez para sentirse como en una película saludándola por última vez antes de ir a buscar a su amigo a “andá a saber dónde”.

Alrededor de las 13 hs llega a lo de Hilda, un poco escondido detrás de un árbol que está frente al ventanal. Espera para verla y hacerle una seña. Hilda es muy receptiva y perspicaz; tal vez por eso se apareció enseguida en el árbol. Corrieron rápidamente hacia un lugar más seguro y se abrazaron.

-¿Qué pasó? -preguntó Hilda.

-Casi me agarran.

-¿Estabas con Ernesto? ¿Lo agarraron?

-No sé...

-¿Dónde está Ernesto?

-No sé -Haroldo sacudió su cabeza, sintiendo que algo empezaba a estar mal-. Tengo que ir a buscarlo, ya.

-¿Estará en la escuela?

-No creo...

Haroldo abraza a Hilda, la mira un rato, como deseando no olvidarse nunca de su rostro, la besa rápido y sale corriendo.

Haroldo intentó espiar por la escuela buscando a Ernesto. Caminó por todos lados, aprovechó que era un horario donde la gente se movía mucho por la calle, y también

buscó en algunos centros de detención. Después de haber buscado por algunas horas, propuso la casa de Ernesto como su último destino.

Caminó algunos minutos y llegó. Dos animales en la puerta de la casa de Ernesto hablaban con sus padres. Una presión apareció en su pecho, pero una sensación mental de que él se encontraba bien lo reconfortó. Agotado, se sentó un rato para reponer fuerzas y luego caminó para el lado de la casa de Hilda. El recuerdo de Ernesto, que todavía rondaba su cabeza, le aseguró que esa noche iba a verlo, como todos los días: las cosas no parecían haber cambiado.

NOCHE

La noche se sintió como si llegase antes ese día. Desde temprano Haroldo, con cigarro en mano, ya observaba el ventanal de Hilda; hoy parecía la ventana de un castillo. Su pulso se aceleró cuando la vio cruzarlo.

Hilda aceleró un poco el paso antes del encontronazo y lo abrazó. Ambos sabían que el día de hoy había sido un poco más turbulento, de esos momentos que afloran los sentimientos, donde parece que el fuego y el ritual de las conversaciones es pateado por algo mucho más imponente. La ironía, los chamuyos y las risas exageradas se desvanecen, solo quedan palabras reales, sinceridad y, a veces, algunas lágrimas.

-Te extrañé -dice Hilda entre sollozos-. Siempre te extraño...

-Yo también.

Y las palabras se funden en un abrazo duradero.

Ambos caminan hacia su reunión diaria y, de lejos, ya ven a Ernesto. Se alegran un poco; desde ese momento ya esperaban esas palabras de amor y sinceridad que se tienen. Lamentablemente, parece que Ernesto no compartía estos sentimientos y se lo veía un poco más apagado que de costumbre. Se prende un cigarro tras otro mientras intenta meter bocado en las conversaciones que van sucediendo.

Se escucha un trueno. Los tres miran para todos lados. Les parece raro: un trueno sin lluvia, sin el destello en el cielo. Entonces Haroldo mira a Ernesto por última vez.

La mano de Ernesto agarra fuerte a Hilda del brazo y salen corriendo.

De la oscuridad se monta una figura que dobla el tamaño de Haroldo. Ya está demasiado cerca de él y no hay nada que pueda hacer.

Hilda, en un pánico absoluto, mientras corre intenta ver para atrás, y de esa imagen lo único que la puede reconfortar es que Haroldo nunca vio la cara horrible de esa bestia. El horror absoluto, al parecer, no queda guardado en la memoria; tal vez por eso nunca nadie había visto un lobo. Pero como la herida que había dejado este suceso aún estaba fresca, Hilda no podía controlar los espasmos que sentía en su cuerpo. Ernesto intentaba calmarla; ya estaban en su casa, pero ella no podía. Recordaba esa mandíbula gigante que se abría; ya nada parecía un disfraz.

Recordaba el cuerpo de Haroldo suspendido en el aire, sostenido solo del cuello, y sus ojos -los de Haroldo-, los ojos de un animal que acepta su destino: dilatados, vidriosos, enormes.

“¿Será que los animales se convierten en animales reales para cazarte y convertirte en su presa (otro animal)?”, algo así serían las conclusiones de Haroldo, piensa Hilda mientras no puede parar de llorar, como una canilla abierta, olvidada en un patio del conurbano lleno de pastos crecidos y ladrillos a la vista.

Cuando pudo salir del estado de shock y pudo dar un sorbo al té que le trajo Ernesto, ya había pasado algo de tiempo. Los padres de Ernesto murmuraban desde otra habitación, pero Hilda no les entendía ni quería entenderlos.

Cuando parecía que todo se estaba calmando un poco y podían volver a intentar pensar qué hacer a partir de ahora, un alarido creciente en la calle los interrumpe.

“¿Es un animal?”, piensan, ya que parece el alarido de un gato lastimado, interminable.

“¿Dónde está?” escuchan el alarido transformarse en una palabra, e Hilda la reconoce enseguida: es la madre de Haroldo.

Hilda sale corriendo, otra vez en su explosión de llantos y desbordamientos, y se derrumba frente a ella, intentando abrazarla.

-¿Dónde está? -pregunta la madre en un sollozo-. Me llamaron... me preguntaron si sabía dónde estaba -agrega y repite la madre.

-Yo lo vi -intenta responder Hilda entre llantos-. Vi cómo se lo llevaron.

Explotan ambas en un alarido y un abrazo, en tristeza y locura, mientras algunos vecinos salen de sus casas para observar la situación y otros para acercarse.

Ernesto solo puede mirar fijamente desde su puerta. Se agarra la cabeza con fuerza; se siente protagonista y castigado por esta escena endemoniada de culpa que sucede frente a sus ojos. Él sabe lo que hizo y en qué se convirtió a partir de ese momento exacto. Amainó su mirada, y lo último que pudo hacer fue entrar a su casa y cerrar la puerta.

FIN